

ELOGIO DE BOGOTA

Discurso pronunciado en la instalación del Congreso de Historia de la Gran Colombia, el 24 de julio de 1938.

Por RAIMUNDO RIVAS

La historia, al par de enseñanzas magistrales, tiene inesperadas y sugestivas renovaciones. Cuatro centurias hace que por inescrutable decreto del destino se reunieron aquí, en el valle de los Alcázares, los guerreros bardados en duro metal y que, partidos de puntos opuestos del horizonte, abrigaban el empeño de conquistar para la madre España los vastos territorios recorridos, y de aureolar, con el brillo del oro arrancado a los indígenas y el fulgor de la cruz erguida sobre la cumbre de los Andes, las hazañas realizadas, las cuales tienen algo de la sombra de una tragedia y mucho del estupor del milagro. Ahora, sobre las paralelas de vías que juntan zonas tan distintas llegan a la capital de Colombia los hombres que, con luz en la mente, con visión serena del pasado y fundado optimismo en el porvenir, vienen de los lugares que despertó Belalcázar con el galope de su corcel, que ilustró Vasco Núñez de Balboa y Federman santiguó con su tizona, a evocar la gesta que hace cuatrocientos años asombró al mundo. Ayer los héroes que ejecutaron la empresa, hoy los historiadores que la analizan y enaltecen. En 1539, el más ilustre de los tenientes del marqués Pizarro; el tudesco que preludia con su recorrido la marcha de Bolívar y de Santander desde las pampas abrasadas por el sol del trópico hasta coronar los ventisqueros helados de la cordillera; los soldados que habían contemplado la faz dominadora del caudillo para quien las olas del grande océano al tocar su guantelete de hierro, se trocaron en caricia como rindiéndole homenaje. En 1938, los finos letrados que escudriñan los secretos de los tiempos desaparecidos a fin de hallar verdades que expliquen el presente y alumbren el futuro, los que saben medir la magnitud de los conquistadores y la trascendencia de sus hechos, los hijos de libres nacionalidades que no ignoran que al llegar al corazón de esta tierra colombiana hallan en él calor de hogar y reciben, con el aplauso que obliga el mérito, el grato y comprometedor nombre de hermanos.

Sed bienvenidos, señores representantes de las academias de Venezuela, Ecuador y Panamá, de los pueblos que llevan con el nuestro la huella indestructible del espíritu genial del Libertador. Opaca es la voz que en nombre de esta corporación os da un saludo emocionado y efusivo. Pero de los muros de nuestra mansión surgen de sus

lienzos para acogeros los historiógrafos vinculados especialmente a Santafé de Bogotá: el docto licenciado don Gonzalo, que ha depuesto el arnés de guerra y aparta de su rostro el casco marcial —tras de cuya visera columbró el primero esta ubérrima sabana— para esgrimir la pluma que había de inmortalizarlo casi tanto como la espada; y el picante y regocijado Juan Rodríguez Freile, cronista de los acontecimientos sonados en la naciente sociedad santafereña; el ilustrísimo señor Piedrahita, tan notable prelado como disertado publicista, y el ameno y caballeroso evocador de los orígenes de nuestra literatura y de las crónicas de su estirpe, Vergara y Vergara; el serio y reposado don José Manuel Groot, que así traza el desenvolvimiento de la acción religiosa en nuestro pueblo como describe, compitiendo con Caicedo Rojas, los primores del paisaje natal; y Quijano Otero, que suscita estremecimientos de intenso patriotismo y de emoción al pintar las escenas en los días sombríos de la reconquista de los pacificadores; el señor Marroquín, capaz así de arrancar con el gracejo la sonrisa de los labios como de poner en las mentes elevado concepto, e Ibáñez, nuestro compañero de ayer, que os dirá los detalles que marcan el desarrollo de esta ciudad, blasonada por el César Carlos V, y a la cual proclamó “muy noble y muy leal” su hijo el rey Prudente.

Al conjuro de la palabra de esos historiadores nuestros, formarán en fila para inclinar ante vosotros sus armas, cuantos personajes de relieve han ilustrado los anales de la que ha sido capital de presidencias, virreinato y república. El regente de la monarquía, don Pedro Agar; los arzobispos que fundaron colegios mayores, que habrían de perpetuar por siglos su memoria; perfumados otros, si no con la fragancia de sus cuerpos, según reza la tradición piadosa, si con sus letras y virtudes; los presidentes que honraron la golilla como Venero de Leiva, o que con la tizona en la diestra subyugaron tribus indómitas a estilo del nieto del duque de Gandía, o fueron orígenes de linajes que aún alientan y se dilatan como el marqués de Santiago, don Francisco González Manrique, o el calatravo don Gil de Cabrera y Dávalos. Luego los fastuosos virreyes, de largas y empolvadas cabelleras, consteladas de áureos adornos las casacas y llenos de proyectos los cerebros. Verdad es que no aparece entre ellos aquel que ante las murallas de Cartagena humilló la soberbia del britano, pero lo reemplazan lucidamente el marqués de Villar y el excelentísimo señor don José Solís Folch de Cardona, a quien los rayos del sol despiertan iniciativas de progreso y los hilos del astro nocturno envuelven en romántico atavío; el gran prior de Castilla, marqués de la Vega de Armijo, y el jefe de escuadra Guirior, que impulsa las disciplinas estudiantiles; el arzobispo- virrey, enaltecido más por la luz que irradia la Expedición Botánica que por la mitra que ciñe su frente y el bastón que gobierna su mano; el conde de Ezpeleta y don Pedro Mendinueta y Múzquiz, amigos del saber y de los criollos eminentes.

De ellos el primero entre todos, acariciadora la sonrisa, alta y relampagueante la mirada, se presenta don Antonio Nariño, en quien diríase se ha fundido el alma compleja de esta ciudad, amable al par que irónica, pronta a los más fecundos entusiasmos y a los desfalle-

cimientos aniquiladores, docta y hospitalaria, en cuya fisonomía se precisa un gesto que no se sabe si es contorsión de regocijo o huella de melancolía.

En torno suyo se congrega la hueste inmensa de los próceres que con el fulgor de sus aceros iluminan la epopeya emancipadora: el "Buen ciudadano" y José María Ortega, Herrán y D'Elhúyart, Ricaurtes y Parises, Barrigas y Acevedos, Vergaras y Espinosas, Pey y Azuola, Arce y Gaitán. Los que empurpuraron con el licor de sus venas el agua cantarina que corría por las callejuelas de Santafé de Bogotá: Alvarez, Ayala, Baraya, Carbonell, Gutiérrez Moreno, Lastra, Lozano, Morales, Rivas, Vélez, y acrecentaron el martirologio con sus claros nombres lejos de la villa nativa, como Portocarrero y Rosas. Los doctores que llevaron la toga o la casaca civil: Groot, Mendoza de Castro, Domínguez del Castillo. La legión desconocida e innumerable de los hijos del pueblo que ofrendaron su salud y aun la vida porque amparase la buena tierra colombiana el blasón de la república, y cubriese a sus hijos el escudo generoso de la democracia.

Mas no sólo guerreros y estadistas os aguardan con el prestigio de sus servicios en esta urbe, la cual recibió inicialmente del duro y docto impulso del fundador el nombre de "ciudad nueva de Granada", como para que fuese digna de emular más tarde con la del Genil y la Alhambra. Si amáis las altas disciplinas literarias, buscaréis los sitios en que dominó el perfil romano de Miguel Antonio Caro, la dignidad atrayente de Rufino José Cuervo, la palabra llena de facetas de Rafael María Carrasquilla o el verbo sugerente de Santiago Pérez Triana. Si os fascinan los poetas, recordaréis las estrofas del bardo desgraciado cuando se diluye el atardecer; las del cantor de los aires y las glorias nacionales al contemplar la diafanidad de la bóveda nocturna, cuyo peso no puede sentir el corazón; y los versos de quien fijó eternamente la luna del *Nocturno* en el infinito de la poesía, los de aquel que aprisionó el fulgor de las constelaciones, o de los que supieron eternizar el dolor en los pétalos de las margaritas, amaron el susurro de la abeja o cantaron la indulgencia de las rosas. Si los mágicos colores de una paleta ponen visiones de arte en vuestras retinas y ensoñaciones en las mentes, al ver que el oro del sol de los venados besa las cimas de las cordilleras, recordaréis al gran cazador Gregorio Vázquez Ceballos; ante los retratos de damas bellísimas e hidalgos caballeros, a Epifanio Garay; con el ritmo del *Torbellino a misa*, a Ramón Torres Méndez; en presencia de la ascética figura del apóstol vidente, a Ricardo Acevedo Bernal. Y, estoy seguro, no olvidaréis a ese ejemplar creador de energías artísticas, Roberto Pizano, cuando sobre la sabana se tiende la penumbra doliente del crepúsculo, mientras una música campesina, que cubre como una plegaria la soledad de las campiñas, hace memorar las armonías que hicieron nido en el cerebro atormentado de José María Ponce de León.

La ciencia, con su grave manto, ha cubierto también a esta ciudad, señores. Hijos suyos, como Julio Garavito, escrutaron los misterios del espacio para consagrar sus amores a los astros; otros, como José Triana, dedicaron sus desvelos a revelar los esplendores del sue-

lo natal, mereciendo en la capital del segundo imperio francés el máspreciado de los lauros; y al lado suyo surgen figuras ilustres como la de Ezequiel Uricoechea, quien ahondó los secretos de nuestros aborígenes antecesores, y sabía competir con Venancio González Manrique en las disquisiciones filológicas y con Manuel Ancizar en el colorido a fin de trasladar al papel los encantos de la naturaleza tropical. Liborio Zerda, Juan de Dios Carrasquilla y Federico Lleras lucharon por arrancar al microscopio el secreto de dulcificar el dolor y detener la muerte.

Mas si os fatigaren, por ser tan copiosos, los estudios eruditos, para templar su seriedad hallaréis la carcajada contagiosa y en el fondo impregnada de amargura, de nuestros cronistas que, como Carrasquilla, Jorge Pombo y Soto Borda, hermanaron la sal de sus espíritus y el desencantado palpitar de sus ideales. Copiaron ellos en sus quintillas, cuartetos y espinelas, una faz característica del alma de esta altiplanicie en donde surge siempre el dios Momo al lado de Melpómene, y la frase oportuna y regocijada es como bálsamo que seca en las pupilas el temblor de las lágrimas.

Empero, si como es natural, preferís la compañía de encumbra-dos magnates que supieron presidir los destinos del Estado y de la Iglesia, Santafé de Bogotá os presentará orgullosamente, junto a los prelados que enaltecieron la púrpura arzobispal: Arias de Ugarte, Paúl y Herrera Restrepo, a los guerreros y hombres públicos que, una vez coronada la independencia, ciñeron la banda de los primeros magistrados: Caicedo y Herrán, Salgar y Zaldúa, Caro y Marroquín, Concha y Ospina. Ellos os dirán que la más preciada de nuestras tradiciones es la que proclamó, desde los primeros días de la conquista, el mariscal Jiménez de Quesada, o sea que la ley prevalece sobre el sable, y las dotes intelectuales brillan con mayor intensidad que las proezas de la fuerza.

La villa de don Gonzalo no desplegará ante vosotros, señores, soberbias fábricas que impongan el pasmo en la admiración y las imaginaciones. Pero os ofrece, en cambio, sitios, detalles y moradas que para vuestros ojos de eruditos —enamorados del hechizo que deja en las cosas el roce indefinible de las edades ya idas para siempre— atraerán vuestra curiosidad cariñosa. Al ver los ornamentos que sirvieron a fray Domingo de Las Casas para celebrar la primera misa, compararéis su pobreza con la solemnidad de la basílica que los custodia. El capitolio nacional acaso simbolizará en su lenta pero segura obra la evolución de nuestra nacionalidad, y con sus columnas de piedra que se hunden en la tierra y lanzan la audacia de sus capiteles hacia la altura, los empeños de un pueblo que hinca sus raíces en el pasado a fin de poder elevarse soberbiamente en los tiempos por venir. La casona del marqués de San Jorge y el camarín del Carmen os harán evocar la época colonial, impregnada de misticismo, de galantería, de plácido concepto de la vida. Sabréis en la recoleta de San Diego que los bogotanos podemos ufanarnos de otro hermano Francisco, tan sencillo, dulce y santo, como aquel que cantó a las florecillas e impuso la diestra suavísima sobre la ferocidad del lobo. La quinta en que el héroe máximo olvidaba los triunfos de Belona

para reposarse en los del amor, extenderá el encanto de sus ramajes y de sus brisas murmuradoras sobre vuestras frentes, que sentirán allí como leve aleteo de la caricia consagradora de la fama.

Esta ciudad, que sabe del ademán reparador y de la caricia que suaviza la miseria, ha tenido también sus arrebatos bélicos y sobre ella flotó en ocasiones el ciclón del heroísmo. Guarda en sus páginas fechas que le hablan de olas de sangre y estruendo de armas: 9 de enero y 18 de julio, 4 y 12 de diciembre, de años enrojecidos por el incendio de la guerra entre hermanos. Necesitaba acaso de ese aspecto viril para completar su fisonomía multiforme y cambiante, y hacer sentir que en días memorables como los de su "gran semana", entre el toque de los clarines y el retumbar de los cañones, brota la risa incontenible, como para coronar con una nota de escéptico desenfado el drama diario del vivir.

Dominando el prosaísmo de sus vías estrechas y de sus grises mansiones, ampara a Santalé de Bogotá el lustre de su historia, y los poemas de la leyenda tejen sobre ella el velo del idealismo. Si el fundador y el Precursor la salvan de la desoladora oscuridad de las ciudades que carecen de anales, el virrey-fraile, el enamorado don Angel Ley, la encomendera de Bogotá, doña Jerónima de Orrego, en quien se funden las rudezas de la conquista y los refinamientos del señorío, y otras sombras que vagan por la calle del Arco, por la del Suspiro, por la del Silencio, le prestan el encanto de esos lienzos de los primitivos en los cuales el tosco realismo de los detalles está ennoblecido por un halo indescriptible de misterio. Y, señores, cuando semienvueltos por las redes del sueño llegue hasta vosotros la sirena de un moderno automóvil, me diréis la distancia que os separa de aquellas noches coloniales en que el choque de los cascos de la mula herrada contra los guijarros hacía pasar escalofríos de terror en las alcobas, y la oscilación de la luz de San Victorino y los ruidos subterráneos despertaban ecos y relámpagos medrosos en las mentes enloquecidas.

En vano, empero, aspiraría a describiros con mis palabras el ambiente sutilísimo de Santa Fe de Bogotá, en el cual el medio físico con su límpido cielo y su aire enrarecido guarda consonancia con cierto espíritu de desvío en sus hijos por las preocupaciones materiales y con un concepto burlón de la existencia. Deseo, sí, que después de habernos honrado largamente con vuestra visita, llegue en su plenitud hasta vosotros esa atmósfera de intelectualidad caballeresca que deleitó a Miguel Cané y admiró a tanto viajero, en un principio sorprendido sólo por el aspecto desapacible de la villa; que en sus salones encontréis ese atractivo singular que hizo memorable aquellos en los cuales reinaron en sus días doña Manuela Sáenz de Santamaría de Manrique, doña Teresa Rivas de Castillo y Rada, doña Joaquina Cordovez de Tanco; que en justicia podáis afirmar que las bellezas bogotanas dignas son de competir con el renombre de

Ignacia París y Elvira Silva, quienes con el fulgor de sus ojos hipnotizaron a sus contemporáneos, y que en sus varones representativos perdura ese elegante desprendimiento, esa espiritualidad innata e hidalgo trato que brilló en los Robertos y en sus pares que formaron el grupo inolvidable de los "cachacos" de la "Empresa". En cambio, señores, convencidos estamos de que dejaréis en la capital de Colombia un recuerdo que no morirá, porque ella ha rendido siempre homenaje a la diadema de la inteligencia, y se ha inclinado con respeto ante todo verdadero merecimiento.

En nombre de la Academia Colombiana de la Historia os digo de nuevo: sed bienvenidos, colegas y señores.